

**LOS ELEMENTOS HUMANOS
DE PANAMÁ Y SU APOORTE A LA
PANAMEÑIDAD**

Para empezar, ¿qué queremos decir aquí con panameñidad? Con panameñidad, en un sentido abstracto del vocablo, entendemos “de lo panameño”, esto es, su modo de ser, su carácter, su condición diferente, su idiosincrasia, su individuación dentro de lo universal, su índole. En un sentido concreto, panameñidad es la peculiaridad adjetiva de un sustantivo humano: Panamá, en otras palabras, un lugar. Podemos acercarnos más al concepto de panameñidad si reconocemos que Panamá es una tierra y un pueblo, y que lo panameño es lo propio de este país y su pueblo.

Es preciso que establezcamos la diferencia que existe entre panameñidad y panameñismo. Panameñismo es, de acuerdo con el Diccionario de la Real Academia de la Lengua, “Locución, giro o modo de hablar propio y peculiar de los panameños”. Por ejemplo, decir que tal o cual muchacho pertenece a una garulilla es un panameñismo. Pero igualmente es panameñismo todo carácter propio de los panameños, aún fuera del lenguaje. Sacar a un niño a pasear por una de las principales calles de Nueva York con un mameluco puesto, es un panameñismo. Igualmente lo es la inclinación o el afán de imitar todo lo panameño, a tenerle cariño, admiración, respeto o servirlo. Cualquier extranjero puede sentirse panameñista y experimentar el panameñismo sin que por ese motivo adquiriera la panameñidad, puesto que la panameñidad es, ante todo y sobre todo, un complejo de condición y calidad, como una cualidad específica de lo panameño y no como una tendencia ni como un rasgo.

Como se sabe, existen diferentes maneras de ser panameño: se puede serlo por nacimiento, por residencia o por nacionalidad. La persona que nace en Panamá es panameño, en un sentido estricto y primario. Pero aquí es indispensable tener en cuenta que muchos que han nacido en el Istmo han emigrado a otras naciones y han adquirido las costumbres, hábitos, maneras e idiosincrasias de esos otros países y sólo tienen de panameño el haber nacido en estas nuestras tierras; que no son pocos los panameños, sean o no ciudadanos, que nacidos en otras tierras se han criado y su personalidad ha sido formada en el pueblo panameño, su integración y asimilación ha sido completa y no pueden distinguirse de los nativos de aquí; que aún entre los mismos nativos de Panamá existe una gran variedad de caracteres, temperamentos, maneras y figuras que toda individuación de la panameñidad y de su tipismo en tarea difícil; que las expresiones del panameño han variado tanto, de acuerdo con las épocas y las diferentes inmigraciones etnogénicas, y de acuerdo con las circunstancias económicas; que apariencias muy visibles, que en un tiempo se apreciaban como de poca importancia, y que rasgos muy marcados entre los panameños no son exclusivos de ellos, puesto que aparecen en otras latitudes del universo de ancestro idéntico y hasta en grupos étnicos de idéntica formación socioeconómica.

Se es panameño, igualmente, por pertenecer a un grupo humano que se denomina pueblo o sociedad de Panamá. Pero físicamente no es reconocida esa característica de panameñidad a quien reside en Panamá, porque aquí residen muchos extranjeros. Se es panameño también por poseer la ciudadanía del Estado que se conoce con el nombre de Panamá; pero no se es panameño porque el que ha adquirido nuestra ciudadanía no tiene la característica plena y típica de la panameñidad. Como puede verse, la panameñidad sólo puede, por el momento, ser definida como una relación de pertenencia a Panamá.

Ya hemos dicho que la panameñidad no puede depender única y exclusivamente de la tierra en donde se nació o de la ciudadanía política. La panameñidad es, ante todo y sobre todo, la peculiar calidad de la cultura panameña. En términos corrientes, es condición del alma, del espíritu; es

complejo de sentimientos, ideas y actitudes. Pero existe otra panameñidad más plena que aquella del nacimiento, de la nacionalidad, de la convivencia y aún de la cultura. Para esta panameñidad es preciso, además, tener una exacta y clara conciencia de ser panameño y la plena seguridad y voluntad de quererlo ser.

En numerosas ocasiones hemos oído, y se ha repetido insistentemente, "Panamá es un crisol de razas". Pero pensamos nosotros que tal vez podríamos presentar otra metáfora más precisa, más nuestra, más panameña. "Panamá es un sancocho".

Pero, ¿qué es un sancocho? De acuerdo con el Diccionario de Panameñismos de Baltasar Isaza Calderón y Ricardo J. Alfaro, el sancocho es el "Plato típico panameño que se prepara con carne de pecho o gallina, yuca, ñame, plátano, culantro, orégano, y queda en forma de un caldo más o menos espeso". El sancocho fue el guiso típico de nuestra población indígena que, al pasar de una economía puramente extractiva y nómada a una economía sedentaria y agrícola, aprendió a cocinar los alimentos en cazuelas al fuego. Este tipo de guiso lo han conocido todos los pueblos, claro está, con sus diferentes materias alimenticias y su idiosincrasia, de acuerdo con su ecología típica, y aún se mantiene muchas veces como supervivencia de una muy antigua vida agraria. En esta forma podemos encontrar en Europa lo que los franceses llaman *potpourri*, u olla podrida; igualmente el *potage*, el cocido, la minestra, etc. A la cazuela de ese plato único y primitivo se echaba todo lo que podía comerse, las carnes sin limpiar, y muchas veces en estado de putrefacción, las legumbres sin pelar, las raíces sin limpiar, etc. que le daban su sustancia, y todo se cocinaba junto. De esta cazuela se sacaba, cuando así lo deseaban lo que pensaban comer; el resto quedaba para después. De la misma manera como nosotros ahora nos damos gusto con el famoso "arroz dormido", o sea, el arroz dejado de un día para el otro, así se hacía con el sancocho primitivo panameño.

Este sancocho es símbolo de la formación del pueblo panameño. Panamá es, ante todo, una cazuela abierta; una olla puesta al fuego de nuestro trópico con sus dos ritmos

de estaciones: la lluviosa y la seca, la cálida y la fresca. Y allí van las sustancias de los más diversos géneros, tipos y procedencias. Los indios panameños nos han dado el maíz, la papa, la yuca, el ají, el boniato, etc. Este era el sancocho precolombino con las carnes de venado, de iguana, de saíno, de mono, de armao, de lagarto, de conejo, de zorra, de aves, de tortuga, de pescado y de otros animales de la caza y la pesca panameña. Los españoles, en un principio, rechazaron esas carnes indias y junto con sus calabazas y nabos, pusieron las carnes de res, carnero, de puerco, etc. que vino a dar nueva substancia al sancocho panameño.

Con los españoles llegaron los negros del África sub-sahariana con sus plátanos, guineos, ñames, malanga y su técnica culinaria. Siglos más tarde arribaron los orientales con sus raras especias; los norteamericanos con sus aparatos domésticos que simplificaron la cocina; los antillanos de las colonias inglesas y francesas con su diferente técnica en la preparación de los alimentos, y los franceses y mediterráneos con su equilibrado sabor. Nuestro sancocho se prepara en la actualidad con todo ello.

El pueblo panameño ha tenido, como el sancocho, elementos nuevos. Es, pues, un conglomerado heterogéneo de diversas gentes, razas y culturas que se agitan, alternan, entremezclan y disgregan en un mismo hervidero social y que en esencia ha dado por resultado una mixtura rica y bien aderezada, que ya tiene un carácter propio de creación. Panamá es, por tanto, un pueblo mestizo en donde, desde su descubrimiento, siempre ha existido el mestizaje de raza, el mestizaje de cultura y el mestizaje de cocinas.

Desde la prehistoria han existido indios en Panamá: caribes, tairones, cunas, chocoes, guaimíes, etc. Desde 1501 van llegando los europeos y norafricanos: castellanos, andaluces, catalanes, gallegos, vascos, judíos, italianos, ingleses, franceses, bereberes, moros, musulmanes, etc. Con los blancos de Rodrigo de Bastidas, o quizás antes, llegaron los negros. Y nunca ha terminado la fluencia de diversos grupos étnicos en Panamá: desde España; desde África, durante siglos, como esclavos los negros. A mediados del siglo XIX, con el descubrimiento de las minas de oro de California y la reapertura de la ruta a través del Istmo,

ya que no era posible llegar a California de Nueva York a New Orleans a través de los Estados Unidos de América, los norteamericanos; los chinos de Hong Kong, Cantón y Macao y los culis de Calcuta y Bombay; los antillanos de las islas británicas, principalmente de Jamaica, Barbados y Trinidad, para la construcción del Ferrocarril de Panamá. Posteriormente, los franceses para la apertura del canal francés con trabajadores de sus colonias de Martinica y Guadalupe; los judíos alemanes y del Asia Menor, italianos, alemanes, griegos, turcos, etc. Todos estos elementos humanos se han fundido en la vida panameña para producir lo que llamamos la panameñidad.

En Panamá es fácil clasificar los elementos humanos cruzados por sus razas: cobrizos o bronceados indios; blancos europeos; negros africanos, y amarillos asiáticos. Esas cuatro grandes razas se han unido, cruzado y recruzado en nuestro país por generaciones. Panamá es uno de los países más mezclados de todo el universo y ello por su posición de puente del mundo y corazón del universo. Y cada uno de las llamadas grandes razas, al llegar a nuestras costas, ya era por sí una inextricable madeja de los más variados ancestros. Quizás los indios puedan considerarse los más homogéneos de linaje.

Los negros fueron sacados por el tráfico negrero de todos los rincones del continente africano, desde Mauritania por Senegambia, Guinea, Gabón, Costas de Marfil, de Esclavos y de Oro, Congo y Angola, en el Atlántico, hasta los puertos de Mozambique y Zanzibar en el Océano Índico, al igual que de todo el interior del continente y vaciados en la amalgama que afectaron al país durante el período esclavista. Y en los barcos negreros arribaron africanos de diferentes razas, tanto que encontramos la sarcástica paradoja de que muchos de los negros que poblaron a Panamá durante la época colonial, como por ejemplo los de los núcleos lingüísticos guineosudanesas y la familia de habla bantús, no pueden ser considerados hoy en día como negros porque la antropología física no lo permite. Los blancos, principalmente españoles que poblaron el Istmo en los primeros tiempos, ya lo hemos dicho en otro trabajo, eran mestizos cuando arribaron a nuestras playas. Para comprender el alma panameña no podemos acudir, por

lo tanto, a las razas sino a las culturas. La antropología ha demostrado que en razas iguales hay culturas diferentes. El indio cuna es diferente al indio azteca; el blanco de España difiere del blanco de Alemania; el negro de Dahomey no se parece al negro panameño, el amarillo de Cantón es distinto al esquimal del Polo Norte. Podemos fácilmente observar en nuestro medio que en la misma nivelación de cultura aparecen razas diferentes.

Veamos ahora las culturas que, a través de los siglos, han venido fundiéndose en Panamá.

Muchos de los alimentos que se consumen hoy en día en nuestra patria, principalmente los vegetales, son indígenas. El maíz, los frijoles, la papa, la yuca o casabe, la batata, el cacao, el tomate, la piña, etc. sé consumen en todos los continentes. El tabaco, que desde los primeros tiempos de la conquista fue introducido a España, es actualmente de uso universal.

Los tejidos de nuestros indios, como las molas, son famosas en el mundo entero. De los tejidos de algodón de los indios se extendieron por el viejo continente las enaguas de las mujeres y las redes de pescar de los hombres; las camas de los indios, hamacas, pasaron a ser de los conquistadores y navegantes; los trapiches de nuestros campesinos para exprimir cañas de azúcar y sacar guarapo proceden del trapiche elemental que les sirve a los indios para extraer jugos de las raíces y frutas. Las jabas actuales pertenecen a la cestería india.

Para los nuevos asentamientos de población se acudió siempre a los vocablos de los indios. En los nombres de las primeras villas que fundaron los españoles en el Istmo se combinó el nombre que usaban los indios con el aditamento de una advocación cristiana (San Sebastián de Urabá, Santa María la Antigua del Darién, etc.). Cuando el nombre indígena era desconocido, o si éste no fue tomado en cuenta o fue despreciado, se adoptó una denominación exclusivamente castellana (San Miguel, San Jerónimo, Nombre de Dios, Portobelo, etc.). Pero, desde los primeros tiempos la nomenclatura tuvo que extenderse a las montañas, a los montes, valles, puertos, ríos, islas, cabos

lo tanto, a las razas sino a las culturas. La antropología ha demostrado que en razas iguales hay culturas diferentes. El indio cuna es diferente al indio azteca; el blanco de España difiere del blanco de Alemania; el negro de Dahomey no se parece al negro panameño, el amarillo de Cantón es distinto al esquimal del Polo Norte. Podemos fácilmente observar en nuestro medio que en la misma nivelación de cultura aparecen razas diferentes.

Veamos ahora las culturas que, a través de los siglos, han venido fundiéndose en Panamá.

Muchos de los alimentos que se consumen hoy en día en nuestra patria, principalmente los vegetales, son indígenas. El maíz, los frijoles, la papa, la yuca o casabe, la batata, el cacao, el tomate, la piña, etc. sé consumen en todos los continentes. El tabaco, que desde los primeros tiempos de la conquista fue introducido a España, es actualmente de uso universal.

Los tejidos de nuestros indios, como las molas, son famosas en el mundo entero. De los tejidos de algodón de los indios se extendieron por el viejo continente las enaguas de las mujeres y las redes de pescar de los hombres; las camas de los indios, hamacas, pasaron a ser de los conquistadores y navegantes; los trapiches de nuestros campesinos para exprimir cañas de azúcar y sacar guarapo proceden del trapiche elemental que les sirve a los indios para extraer jugos de las raíces y frutas. Las jabas actuales pertenecen a la cestería india.

Para los nuevos asentos de población se acudió siempre a los vocablos de los indios. En los nombres de las primeras villas que fundaron los españoles en el Istmo se combinó el nombre que usaban los indios con el aditamiento de una advocación cristiana (San Sebastián de Urabá, Santa María la Antigua del Darién, etc.). Cuando el nombre indígena era desconocido, o si éste no fue tomado en cuenta o fue despreciado, se adoptó una denominación exclusivamente castellana (San Miguel, San Jerónimo, Nombre de Dios, Portobelo, etc.). Pero, desde los primeros tiempos la nomenclatura tuvo que extenderse a las montañas, a los montes, valles, puertos, ríos, islas, cabos

y otros importantes puntos geográficos del Istmo. Se acudió para ello a los nombres indios (Río Tanela, Cabo Pinoroa, Bahía de Acantí, Islas Pituitup, Urua, Paere, Pone, Puerto Titumate, Panamá, Natá, etc.).

En cuanto a la fauna, la flora y en la tradición folklórica, mucho es lo que la panameñidad le debe al indio. Muy poco es lo que nos han legado de su música; pero de sus artes plásticas existen restos de autóctonos símbolos. Los trabajos y la elegancia de las esculturas en oro, cobre y madera, al igual que los tiestos de su alfarería religiosa con sus imágenes, las cuales han sido encontradas en huacas a lo largo de todo el Istmo, hablan claramente del aporte de la población indígena a nuestra cultura. De la religión, de sus dioses, cosmografía y ritos muy poco han aportado. En 1501 arribó al Istmo Rodrigo de Bastidas y con él y los que lo siguieron llegó la utilería europea, que incluía la reja del arado, hachas, martillos, cuchillos, anzuelos, etc.; la pólvora, la rueda, la brújula, la vela, la moneda metálica (doblón), el capital, el salario, la imprenta, la letra, el libro, etc.; trajeron consigo el caballo, el buey, la mula y el asno para las duras faenas en nuestro difícil medio; y para su alimentación la vaca, el puerco y el carnero. Consigo vino la cultura ibérica, la blanca del sur de los Pirineos, la cual impusieron en el Nuevo Mundo. Y desde casi el comienzo la cultura mediterránea con el arribo de genoveses, judíos, florentinos, levantinos, árabes y bereberes, mezcla de pueblos, culturas y pigmentos desde los rubios del norte de Europa a la de los negros del África tropical.

Los europeos trajeron consigo la economía feudal y la del capitalismo mercantil. De gente sojuzgada en Europa pasaban en América a ser amos y señores. Fueron factores humanos transcendentales para la panameñidad. Lá inquietud constante, la impulsividad tornadiza, la provisionalidad de actitudes, han sido las inspiraciones de nuestro carácter colectivo.

Con los blancos, como ya hemos apuntado, llegaron los negros, primero de España y Portugal en donde abundaban, ladinos y bozales, y luego directamente de toda la Nigracia cuando verdaderamente se inició la trata negrera en el año de 1511 por autorización expresa de los Reyes Católicos,

Fernando e Isabel. Con ellos trajeron sus diferentes culturas, unas selváticas, como las de los bosquimanos y hotentotes, otras de avanzada barbarie y aún otras de más complejidad económica y social, como la de los mandingas, jolofes, fulas, yorubas, dahomeyanos, fantis, achantis, minas, hausas, congos y mozambiques, que practicaban la agricultura, la ganadería y el comercio exterior; tenían esclavos y usaban la moneda para sus transacciones comerciales; usaban mercados para el expendio de sus productos; poseían gobierno centralizado y efectivo sobre grandes porciones de terrenos como los de los imperios de Gana, Mandinga y Songay.

La entrada de los diferentes esclavos africanos al Istmo provocaron etapas intermitentes en la amalgama y por lo tanto dejaron un remanente de rasgos, como la de los congos, yorubas y mandingas, en toda su crudeza, que aparentan estar rezagados. Estos rasgos actuaron como agente catalizador de las otras procedencias culturales en la amalgama. Causa de esto no sólo fue su fuerza numérica, sino también el propio carácter de sus culturas, las que, quizás por circunstancias que tengan su razón de ser en el carácter tomado por los elementos procedentes de las culturas de los otros tipos africanos que participaron en la amalgama, tendieron a absorber muchos de estos rasgos conformándolos en un molde preponderantemente congo, yoruba o mandinga.

Con sus cuerpos los negros trajeron sus espíritus, pero no así sus instituciones ni su instrumentario. Millones de ellos llegaron, durante los cuatro siglos del tráfico negrero, de diferentísimas regiones, procedencias, razas, lenguas, clases, sexos y edades. Fueron mezclados en los barracones y mercados en África y América, y en los barcos negreros aglomerados como "arenques en barril" y socialmente igualados como esclavos. Su transmigración de ambiente, de cultura, de clases y conciencias fue drástica, profunda y continua. De una cultura pasaron a otra más potente forzados, al igual que el aborigen americano. Fueron los negros arrancados de sus países y obligados a abandonar sus libres placideces tribales para sufrir en América los horrores de la esclavitud, sin amparo y consuelo que suelen brindar familias, paisanos, los prójimos, los templos

y héroes. Fueron amontonados como animales en jaula, constantemente en rabia impotente, en ansia de escapar, de librarse, de cambio, de hacer pagar con creces su injusto cautiverio y transmigración, y siempre en posición defensiva, de inhibición, de hipocresía, de simulación, de disimulo y de transculturación a un mundo nuevo y completamente diferente. En esa condición desastrosa y de amputación social miles y miles de africanos fueron traídos al Istmo, conviviendo en un mismo ambiente y en una situación verdaderamente tensa y de terror, tanto negros como blancos; de terror los primeros por los horribles castigos por alguna falta cometida, y los segundos por la venganza del esclavo y que pocos años después de la conquista pusieron en ejecución los negros cimarrones panameños.

En los campos de trabajo, en las minas, ingenios, pesquerías de perlas, servicios de recuas, transporte a través del Istmo, haciendas, aserraderos, muelles, comunidades urbanas, etc., desde muy temprano, tanto los negros esclavos como los horros, llegaron a formar grupos primarios que estaban condicionados por la esclavitud. Esta esclavitud, psicológicamente hablando, moldeó todas sus vidas. Aparece entre ellos aquella solidaridad que produce el sufrimiento común; "malunga", esto es, hermano, compañero, camarada, se llamaban entre sí. Surge entre ellos una lengua común por medio de la cual pueden comunicarse, entenderse y comprenderse. Se forman grupos y asociaciones de negros, principalmente religiosos y recreativos, igualmente condicionados por la esclavitud, y que en nuestro continente llevan diferentes nombres, de acuerdo con el país en donde existieron o existen, como cabildos, cofradías, juntas, hermandades, reinados, congadas, raisados, candombes, macumbas, maracatús, etc. Estos grupos o asociaciones religiosos y recreativos conservaron los patrones culturales de origen, como en el caso de las supervivencias religiosas y recreativas congas, sudanesas y bantús en las cofradías, hermandades y congadas. En donde los grupos de negros que se formaban eran de procedencia y cultura diferentes, la transculturación condicionó la aparición de los grupos. En los cabildos y cofradías el negro buscaba consuelo espiritual; en las hermandades y juntas

de libertos, cómo comprar su libertad, y en las fiestas del ciclo de las congadas de la costa nororiental del Istmo, de Panamá, San Miguel y otras regiones del Istmo, y del bunde en el Darién, la celebración del “carnaval de los negros” en donde se reunían por “naciones” para, entre otras cosas, conservar su herencia ancestral y buscar un rato de esparcimiento.

Los negros debieron sentir, quizás más pronto que los blancos, aunque no con más intensidad, la emoción y la conciencia de la panameñidad.

Fueron muy raros y escasos el retorno de negros al África. El negro africano ya en Tierra Firme se vió forzado muy pronto a perder la esperanza de retornar a su hogar nativo, y en su nostalgia nunca pudo pensar en una repatriación, como retiro al acabar sus días. El negro criollo del Istmo jamás pensó en ser sino panameño. El colono blanco, en cambio, aún antes de su arribo a Tierra Firme ya pensaba en el regreso. Vino para retornar rico y tal vez con título de nobleza por gracia real. El criollo blanco mismo tenía por sus padres y familiares conexiones con la madre patria, y se sintió por mucho tiempo ligado a ellos como un español istmeño. Nada de eso pudo lograr ni desear el criollo negro, ni siquiera el mulato, salvo los pocos casos de hijos claros o pardos de nobles blancos, que obtuvieron privilegio de pase trasracial y real cédula de blancura. En la capa baja de los blancos desheredados y sin privilegios, igualmente debió chispear la panameñidad. La panameñidad, que es conciencia, voluntad y raíz de patria, surgió primero entre las gentes que nacieron, se criaron y vivieron aquí, sin la posibilidad de retorno, con el alma arraigada en la tierra panameña.

Es considerable lo que el negro ha aportado a la panameñidad. Además de su inmensa fuerza de trabajo (según los primeros pobladores españoles en el Nuevo Mundo, el trabajo de un negro equivalía al de cuatro indios), que hizo posible que Panamá, desde los primeros años de la conquista se convirtiera en puente del mundo y corazón del universo, y además de su belicosidad liberadora demostrada desde muy temprano en el Istmo por las

rebeliones y ataques de los dirigentes cimarrones Felipillo, Bayano, Pedro Luis de Mozambique y Antón Mandinga, que repercutieron en otras naciones americanas y tuvieron gran impacto hasta en la misma Corte de España, y obligaron a las autoridades peninsulares a la humillante posición de firmar un tratado de paz con sus antiguos esclavos, en donde se les garantizaba a estos su libertad, su influencia puede advertirse en la verbosidad, en la oratoria, en la amorosidad, en la descrianza del niño, en la vida familiar¹, en el materialismo, en el choteo, etc.; pero principalmente en esas manifestaciones de la panameñidad que son el arte, la religión, el vocabulario, el folklore, la cocina y alimentación y el tono de esa emotividad colectiva. No podemos en estas cuartillas tratar detalladamente cada una de estas aportaciones del afropanameño a la panameñidad puesto que nos alejaríamos del tema central que aquí abordamos. Este trabajo está en preparación. Aquí sólo haremos un apretado resumen sobre cuál ha sido su aporte a una de ellas, el arte.

En cuanto a esta rama, ya en el siglo XIX el mismo conde Arturo de Gobineau, pontífice de los racismos, dio a las razas negroides la soberanía. En las artes industriales, el negro siempre ha sobresalido. Los trabajos en madera, hierro, cobre, bronce, oro, marfil, piedra, cuero, barro y textiles son de fama universal. Su alfarería ornamentada y satinada de todas formas y dimensiones, cucharas y bastitines finamente elaboradas, bastones de mando, banquillos bajos y altos son obras maestras de paciencia y de ejecución elegante. Las estatuillas, cerámicas y máscaras de los negros son obras maestras. Sobre las máscaras, tan usadas en nuestros bailes típicos, Danise Paulme observa:² "Aunque no es necesario conocer su finalidad exacta para gustar del modelo de una escultura, no da lo mismo saber que las máscaras en África son, salvo raras excepciones, atributo masculino, del que se mantiene alejadas a

1. "Aún hoy en día, escribe E. Ffranklin Frazier (*The Negro Family in the United States*, Chicago, 1939, págs. 5 y sig.), parece que las pautas africanas de la vida familiar está perpetuada en la organización patriarcal de la familia de los negros en las Indias Occidentales".

2. Danise Paulme. *Las Culturas del Africa Negra*, México: Brevarios del Fondo de Cultura Económica. Traducción de Francisco G. Afamburo, 1962, pág. 10.

las mujeres. En buen número de sociedades, un mito atribuye la invención de las máscaras a una mujer, que roba el disfraz abandonado por genios; los hombres se apoderan enseguida, con las máscaras, de las potencias figuradas; único medio que les permite afirmar sobre sus esposas una superioridad indispensable para el mantenimiento del orden social. La variedad de disfraces observada se explica por su finalidad: el efecto aterrador se obtendrá unas veces mediante una estilización en la que se mezclan elementos humanos a elementos zoomorfos (máscaras de mono, búfalo, antilope); otras veces mediante una exageración que acompaña a una simplificación de los planos del rostro; y aún mediante yuxtaposiciones de colores que poseen siempre un valor simbólico. Al lado de estos disfraces espantosos, otros se proponen tan sólo el solaz de los espectadores; a veces estas máscaras cómicas aparecen inmediatamente después de las primeras, y su intervención establece una pauta que se juzga necesaria. Pero los críticos extranjeros, que ignoran la distinción, considerarán tanto a unas como a otras por igual bellas o monstruosas”.

La música, al igual que los instrumentos y los bailes panameños pertenecen al negro. Fueron los negros los músicos de la época colonial. Los niños negros formaban el coro en las iglesias. Las bandas de música en las casas grandes e ingenios la formaban los esclavos negros. Los carnavales, la fiesta de los diablitos y el bunde eran las festividades callejeras de los afro-panameños. En estas fiestas nuestros negros vertieron todo el torrente de sus ansias de redención, de protesta, de odio, de venganza, de piedad para desembarazarse en esta forma del terrible huracán que bullía dentro de su alma. Las festividades del carnaval, del “Día de Reyes”, las congadas y el bunde son supervivencias de los primeros negros que arribaron al Istmo. Gracias a estos africanos Panamá cuenta con una gloria de tamboritos, cumbias, bullerengues, diablitos, etc., además de otros bailes que van cayendo o han caído en completo desuso. En nuestros otros bailes y cantos típicos, que se consideran musicalmente europeos o indoeuropeos, podemos encontrar los instrumentos típicamente africanos y la influencia de su estilo musical como lo son: énfasis en el ritmo; la tendencia en el acompañamiento rítmico de

la línea melódica; el introducir y mantener polirritmos; la antifona entre el solista y el coro de los cantos; el empleo de intervalos; el palmoteo, etc. Igualmente lo es el tener como conductor motor mientras se canta mover el cuerpo rítmicamente "...es imposible no reconocer que los negros africanos están notablemente dotados desde el punto de vista de las artes, escribe Delafosse.³ Su disposición musical innata, los instrumentos que ellos han sabido crear y de los cuales pueden frecuentemente obtener melodías sorprendentes, sus cantos, sus recitados e improvisaciones poéticas... son todas pruebas irrefutables de las facultades artísticas que demuestran más y mejor lo que ellos han aportado a la presente humanidad".

Como ha quedado demostrado en este trabajo, Panamá por su posición misma de ser desde la época de la conquista puente del mundo y corazón del universo, ha recibido y seguirá recibiendo por mucho tiempo, efluvios de todas las culturas del mundo. La mixtura de gentes, culturas y razas continuará. Estos elementos heterogéneos se irán con el tiempo uniendo, amalgamando, fundiendo y refundiendo en el caldo de Panamá, lo que dará por resultado final una común y rica conciencia de la panameñidad.

3. Maurice Delafosse. *The Negroes of Africa*. Washington, D.C.: The Associated Publishers, Inc., 1931. Traducción al inglés por F. Fligelman, pág. 171.